

El Concepto de Acción en el capítulo *Acción* del libro de Colin McGinns *The Character of Mind*

Gerardo Santana Trujillo

PRÓLOGO.....	2
<i>Abreviaturas.....</i>	<i>2</i>
<i>Terminología y Traducciones.....</i>	<i>2</i>
INTRODUCCIÓN.....	3
LA RELACIÓN CONCEPTUAL ENTRE LO COGNITIVO Y LA VOLUNTAD	3
LA ACCIÓN Y LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN.....	5
IGUALDAD DE SITUACIÓN DE LOS COMPONENTES DEL ESPÍRITU.....	6
APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE ACCIÓN	7
AGENTE ACTIVO Y PASIVO.....	7
ACCIONES PRIMITIVAS Y COMPLEJAS	7
LA CONCEPCIÓN TELEOLÓGICA.....	8
EL MOVIMIENTO VOLUNTARIO COMO CONCEPTO FILOSÓFICO DE ACCIÓN	8
LA ASIGNACIÓN DE VOLUNTAD.....	9
LOS COMPONENTES DE LA ACCIÓN Y SU COORDINACIÓN	9
LOS COMPONENTES DE LA ACCIÓN.....	9
LÍMITE ENTRE VOLUNTAD E INTENTO.....	9
ACCIONES INSTRUMENTALES Y NO INSTRUMENTALES (O FUNDAMENTALES).....	10
CUATRO TEORÍAS PARA LA RELACIÓN ENTRE INTENTO Y MOVIMIENTO EN EL CONCEPTO DE ACCIÓN.....	10
<i>Primera teoría: Énfasis en el movimiento</i>	<i>11</i>
<i>Segunda teoría: Énfasis en el intento</i>	<i>12</i>
<i>Tercera teoría: La acción como intento exitoso</i>	<i>12</i>
<i>Cuarta teoría: La acción como relación causal entre intento y movimiento</i>	<i>13</i>
LA NATURALEZA DEL INTENTO	14
EL INTENTO EN LA TAXONOMÍA DEL ESPÍRITU.....	14
<i>Su orientación.....</i>	<i>14</i>
INTENTO Y PERCEPCIÓN.....	15
EL INTENTO Y LA ACTITUD PROPOSICIONAL.....	15
MOVIMIENTO VOLUNTARIO Y SENSIBILIDAD CORPORAL.....	16
EL INTENTO Y LOS OTROS FENÓMENOS MENTALES PRÁCTICOS	17
LAS CONDICIONES DE LA ACCIÓN	17
<i>Condiciones elementales.....</i>	<i>17</i>
<i>Las diferencias recíprocas.....</i>	<i>18</i>
CAUSALIDAD Y EXPLICACIÓN DE LA ACCIÓN	19
CAUSALIDAD DE LA ACCIÓN Y EXPLICACIÓN RACIONAL.....	19
CAUSALIDAD Y ACCIÓN.....	20
<i>Análisis de la necesidad.....</i>	<i>20</i>
<i>Análisis de la suficiencia.....</i>	<i>21</i>
FUNDAMENTOS DE LA ACCIÓN Y EXPLICACIÓN CAUSAL.....	22
NOTA FINAL.....	23
BIBLIOGRAFÍA.....	25

Prólogo

Este trabajo es el análisis del capítulo 8, *Handlung (Action)* del libro de Colin McGinn *The Character of Mind - An Introduction to the Philosophy of Mind*, Oxford 1996.

El capítulo permanece inalterado respecto de la primera edición de 1982. En el contexto del libro se ocupa con el concepto de acción, para determinarlo, distinguirlo, y ordenarlo, reflexionar sobre su lugar en la totalidad del espíritu y afirmar sus relaciones recíprocas con los otros fenómenos mentales.

La estructura de mi trabajo refleja la de aquel capítulo, con excepción de algunas reclasificaciones en el orden argumentativo, para evitar repeticiones y conservar el parentesco de la argumentación. Me parece, de este modo, más cómodo para seguir y evaluar la argumentación. He tratado de desarrollar todo lo que en el texto necesita de explicación o lo que permanece en un nivel de pura afirmación.

Abreviaturas

CM	<i>The Charakter of Mind</i>	Colin McGinn
TW I, TW II	<i>The Will</i> (Tomo I), <i>The Will</i> (Tomo II)	Brian O'Shaughnessy
ARC	<i>Actions, Reasons, and Causes</i>	Donald Davidson

Los números entre paréntesis son del libro de McGinn. Toda otra información de este tipo se ofrece en notas al pie de página.

Terminología y Traducciones

Uso la palabra *Handlung* para la correspondiente de *action* del inglés. *Intento* está por *trying* y por *intention* doy *intención*, *deseo* está por *desire* y *creencia* por *belief*. Sigo la traducción al alemán de la bibliografía conocida, en tanto ofrezco *event* por *evento*.

Todas las citas las traduzco libremente desde el original. Algunas expresiones sencillas del inglés las dejo tal cual.

Introducción

La relación conceptual entre lo cognitivo y la voluntad

El problema principal es la naturaleza de la relación tanto entre la voluntad y el cuerpo como de la voluntad y los otros ámbitos espirituales. (págs. 118 - 120)

La voluntad es una parte del espíritu, que se distingue por su carácter activo y tiene como efecto, en relación con la capacidad de acción, una transformación del mundo. La cognición tiene también un efecto transformativo del mundo, pero en tanto la voluntad no activa la capacidad de acción, el producto cognitivo no logra alcanzar el mundo concreto

Lo cognitivo como ámbito puro del conocimiento no existe independiente del cuerpo. Esto queda en evidencia cuando ponemos la percepción como puente entre la cognición y el mundo. Esto significa que sin percepción no hay cognición. La percepción, por su parte, se funda de modo inmediato en los órganos de los sentidos y por tanto, en el cuerpo.

Un tal ámbito puro de la cognición existe en efecto con una cierta independencia de los procesos corporales, uno puede argumentar, que por lo menos no depende de los procesos corporales groseros, a no ser de manera mediata, involucra, en verdad, procesos orgánicos muy complejos y específicos. Tengo en mientes fenómenos como el recuerdo, la creencia y el pensamiento. Este ámbito se simboliza con la letra griega Ψ , lo mental o el espíritu puro, para diferenciarlo de otros fenómenos, de los cuales estamos también conscientes y bajo la forma de dolor, introcepción, kinestesia, deseo y muchos otros que pertenecen a la vida psíquica. Este último ámbito lo designamos con la letra griega minúscula ψ , lo psíquico.

La percepción vale como pasiva, ésta representa el mundo tal como es, y uno puede afirmar o negar su contenido, experimentarlo como adecuado o inadecuado, juzgarlo como correcto o incorrecto. Uno puede querer, enseguida, de modo consecuente, actuar según estos procesos cognitivos.

Una acción particular la designamos con la letra griega θ y diferenciamos en ella un movimiento corporal particular, que escribimos, a su vez, con la letra griega minúscula ϕ .

Entendimiento y voluntad se muestran juntos en seres humanos (y animales). Por esos se permite la pregunta acerca de si su conexión es concebible conceptualmente o si representa sólo un hecho de la historia natural. Dicho de otro modo, preguntamos: ¿Debe todo ser viviente que posee entendimiento, por esta razón también actuar y viceversa, todo ser viviente que actúa, por esta razón poseer también entendimiento? La virtud específica de cada especie de animales y seres humanos muestra el entendimiento como capacidad de entender y en cierto sentido también de actuar.

Voluntad y entendimiento se informan mutuamente, aseguran y posibilitan juntos la vida y la sobrevivencia de seres humanos (y animales). “Desde este punto de vista la acción sin entendimiento sería inútil, y sin propósito el entendimiento sin acción.”¹ (S. 118)

¹ O’ Shaughnessy es la fuente de McGinn para su defensa de la estrecha relación entre lo cognitivo y la capacidad de acción. Cfr. Por ejemplo: “Así como las intuiciones sin conceptos son ciegas y los conceptos sin intuiciones, vacíos, así también las percepciones sensoriales sin acciones son incomprensibles y las acciones sin percepciones, carecen de significado.” (TW II, S. 7 Infra)

Un entendimiento encerrado, aislado en el reino del pensamiento, carece de experiencia concreta, se encuentra aislado de la acción. Una acción que ocurre sin deliberación, no toma en cuenta lo aprendido, las más o menos firmes asociaciones, es una acción ciega. En este caso, el agente no toma en cuenta los medios – recuerdos, creencias, etc. para la ejecución exitosa de una acción. Otros por su parte implican la aplicación automática de modelos de comportamiento. Por ejemplo, un zorro conoce el ruido del hielo que se triza, él se acuerda todavía de aquel día infeliz, cuando mojó su cola. Otra vez en esta situación inconveniente, salta decidido del lugar hacia nieve firme. La cadena de asociaciones es corta en este caso, elemental, muestra claramente, no obstante, la concomitancia de lo cognitivo, bajo la forma de la percepción, la memoria y lo volitivo como impulso del movimiento corporal. Análogamente se comporta el borracho, quien encuentra el camino a casa, abre la puerta y exitosamente logra acostarse en la propia cama, actúa automáticamente, según lo aprendido. Tales patrones de comportamiento son el resultado de la relación de intercambio entre todos los componentes del espíritu, una expresión de la tendencia económica con la que se organiza la totalidad. En este caso será suficiente un mínimo de conciencia para la ejecución exitosa de una serie de acciones asociadas, digamos, desde una fiesta en casa de un amigo hasta la propia casa y la cama.

Un ser humano puede anticipar cadenas de razonamientos más largas, pero no siempre estará en la situación de actuar de acuerdo a ellas. En casos urgentes, cualquiera saltaría como el zorro, en reacción inmediata, como aquel que salta una alta verja en medio de un terremoto.

La capacidad de percibir el mundo significa tanto una relación de intercambio con éste como consigo mismo, a través de impresiones corporales y de la conciencia. La impresión corporal interna actualiza la conciencia de un estado de totalidad. Un animal, un ser humano sabe de sí mismo y actúa de manera correspondiente. Por lo menos, un sentimiento corporal comprensivo y omnipresente será condición de la ejecución de una acción.

A partir de una división de O'Shaughnessy² diferencio entre lo mental (Ψ), lo psíquico (ψ) y los ámbitos $\psi \rightarrow \Psi$ (lo psíquico – no mental) y $\neg \psi \rightarrow \Psi \phi$ (lo no psíquico no mental - un movimiento corporal individual).

Un ámbito puro $\psi \rightarrow \Psi$ no existe independiente del movimiento corporal ϕ y el ámbito Ψ se comporta de modo análogo en relación con el $\psi \rightarrow \Psi$. El esquema de los ámbitos involucrados en una acción es:

$$\begin{array}{ccccccc} \text{“} & \Psi & \text{esto} & \psi\Psi & ; & \text{en} & \psi\Psi \\ & \underline{\psi \rightarrow \Psi} & \text{es,} & \underline{\psi \rightarrow \Psi} & \text{lugar de} & \underline{\psi \rightarrow \Psi} & \\ & & & \neg \psi \rightarrow \Psi \phi & & \neg \psi \rightarrow \Psi \phi & \text{”}^3 \end{array}$$

McGinn por su parte divide la totalidad del espíritu en actitudes proposicionales (propositional attitudes) und sensaciones (sensations), y al parecer, el intento, con algunas restricciones pertenece al segundo grupo. La división misma es problemática,

² Su libro (véase la bibliografía.) es la fuente más importante de este trabajo. Su análisis es detallado y cubre no sólo la parte sobre la causalidad en el concepto de acción, como ocurre con nuestra otra fuente, a saber, el libro de Donald Davidson, del cual sólo el artículo sobre el tema mencionado nos es de gran utilidad.

³ TW II, S. 356

pues este segundo grupo contiene muchas diferencias y, en parte, fenómenos opuestos, como el dolor, la sensación y la capacidad de acción.

Las actitudes proposicionales pertenecen claramente al ámbito Ψ (es decir, $\psi\Psi$), y las percepciones, las sensaciones, a $\psi\rightarrow\Psi$. El movimiento corporal ϕ , cuando aparece en una acción se relaciona con una componente psíquica y se diferencia claramente de una mera contracción muscular, emparentada con lo dado de la naturaleza y no está en relación alguna con eventos psíquicos internos que participan en la generación de una acción. En general, la nomenclatura es la misma, a pesar de que McGinn ejerce una simplificación y se dedica a las acciones básicas (basic actions).

A priori, constatamos que la estructura de la acción es doble, a saber, psíquica y corporal. Examinaremos la conexión de estos componentes.⁴

McGinn se sirve varias veces del ejemplo de un Supercientífico, quien puede interrumpir y controlar la relación natural entre el espíritu y el cuerpo y llevar impulsos de movimientos desde un agente manipulado hasta un cuerpo extraño. Esta es una indicación acerca del papel de lo corporal en la realización de una acción. Detrás de este ejemplo se observa la idea de la relación de carácter general y separable entre nuestra capacidad psíquica y nuestro cuerpo concreto individual. Bastaría que un miembro fuera capaz de recibir impulsos, para transformar un intento en movimiento de este miembro, en tanto el contenido del intento coincide con el tipo de movimiento.

La acción y la teoría de la evolución

McGinn se pregunta si esta conexión irrefutable es suficientemente fuerte, para designarla como conceptual. Ello equivale a preguntar, ¿Podemos imaginarnos una evolución de las capacidades cognitivas que no haya surgido del intercambio con la voluntad?

McGinn cree encontrar en el concepto de lo cognitivo indicaciones del carácter de la voluntad activa. Dado que la cognición no termina con la percepción, que se admite como pasiva, fenómenos como el concentrarse o el reflexionar contienen un momento de decisión, que significa una relación con un cierto acto de voluntad.

McGinn se imagina un ser creado por dios, que es entendimiento puro y existe sin obligación de actuar. Él se pregunta si la existencia de este ser puede pensarse sin algún tipo de fenómeno volitivo. Al parecer no.

¿O este rasgo activo de la cognición es inherente al intelecto? ¿Se activa la cognición por la voluntad? El primer caso niega la posibilidad para la existencia de un entendimiento, que al mismo tiempo se muestre activo y esté separado de la voluntad. El ser imaginado es entendimiento puro y cuando la cognición se muestra activa, este carácter activo debe ser una propiedad intrínseca de lo cognitivo, que como parece, no significa necesariamente un momento cognitivo o recibe de otra parte la activación, de donde uno no puede imaginar ningún ser, que posea entendimiento y pueda existir independiente de fenómenos volitivos.

En el segundo caso, se contradice la unicidad de lo volitivo. Pues el entendimiento tendría la capacidad para activarse a sí mismo. Las decisiones de pensar en algo o concentrarse serían ellas mismas actos de pensamiento o de concentración, lo que no es claramente así.⁵

⁴ A partir del análisis de McGinn podemos a lo más reconocer la dificultad de una solución unívoca, y recién tras la revisión de la bibliografía entregada por él mismo, uno se hace una idea de la discusión que motiva su libro.

⁵ Con su ejemplo, que debería aclarar la relación conceptual entre lo cognitivo y la voluntad, nuestro autor trae a colación, de manera innecesaria, la figura de dios. Piensa, tal vez, en la doctrina tradicional de Aristóteles, por

Por otro lado, la corporización implica en los seres vivientes una relación inmediata entre interior y exterior. Y así como lo interior se comporta respecto de lo periférico en el organismo, así lo hace también lo periférico respecto del mundo externo. Las acciones son la confirmación de nuestras percepciones dirigidas al mundo. Ellas significan la superación de una duda lanzada por el intelecto. La teoría nos dice que el movimiento de un brazo desde un punto A hasta otro punto B, debe recorrer un trecho infinito. La percepción me muestra, no obstante, un trecho finito y de hecho actuamos a partir de ella. La corporización significa en todos los seres vivientes el desarrollo de una capacidad de acción, que sólo produce realizaciones de acciones exitosas, si recibe la información adecuada acerca del organismo mismo y el mundo.

La relación entre percepción y capacidad corporal es de dependencia recíproca. El cuerpo orgánico necesita los órganos de los sentidos para la elaboración de la información acerca del entorno, necesaria para su sobrevivencia. La percepción ayuda en la ejecución de la acción como fuente de información y fundamento de la precisión de movimiento. Viceversa los órganos influyen el tipo y la manera de la percepción. Al respecto nos dice O' Shaughnessy: "La asignación de una capacidad corporal activa implica la asignación paralela de una capacidad perceptiva. Estas capacidades crecen juntas. Por estas razones, creo yo, podemos decir que las acciones físicas y la percepción como tales son dependientes entre sí y participan recíprocamente en su formación."⁶

La percepción informa acerca de la realizabilidad de una determinada acción, y ello de modo independiente de si esta o aquella acción es mejor para la conservación de una determinada especie animal. El hecho que distintos animales han desarrollado órganos perceptivos diferentes, muestra sólo la necesidad originaria de esta capacidad para el evento de la ejecución de una acción. De este modo los seres voladores y aquellos que se arrastran tienen órganos de percepción diferentes, pero la misma necesidad de una fuente de información para orientarse en el mundo. "La acción física y la percepción encuentran su camino al centro del corazón y hacia el ensamble de una y otra."⁷

Por tanto, lo cognitivo no puede separarse sin restricciones de la voluntad y ello no sólo por razones evolutivas, sino por razones provenientes del análisis conceptual de lo cognitivo y lo volitivo. La capacidad de acción supone una fuente de impulso previa y éste, por su parte, pone en movimiento la totalidad del espíritu.

Igualdad de situación de los componentes del espíritu

Hasta aquí se mostró la relación íntima entre lo cognitivo y lo volitivo.

ejemplo, y en la concepción de dios como entendimiento puro, en actividad intelectual eterna, sin obligación alguna, sólo el gozo divino de pensarse a sí mismo, de concentrarse en sí mismo. Pues en este caso, surge el concepto de voluntad como viviendo al interior del intelecto, lo que contradice la unicidad de lo volitivo, concepción que pertenece al llamado volicionismo y que difícilmente puede explicar la relación entre esta voluntad inherente al intelecto y el cuerpo. Pues sin obligación de actuar no hay razón para la existencia o para el desarrollo de una capacidad específica de acción, orientada a la satisfacción o la eliminación de estados de necesidad. No podemos, por tanto, pasar desde esta situación divina a la correspondiente de seres humanos y animales, sin dar al mismo tiempo un salto hacia lo desconocido. Esta generalización marcada de antropomorfismo, a partir de lo que podemos observar en nosotros mismos y en otros seres vivientes, me parece muy problemática.

⁶ TW II, S. 9

⁷ TW II, S. 15

McGinn propone una igualdad de situación para ambos componentes del espíritu, tomando posición en la larga discusión que siempre ha significado la preferencia de uno a expensas del otro y viceversa, en la tradición filosófica. (pág.119 *Infra*, pág. 120). La visión tradicional intelectualista subordina de hecho todo al intelecto y lo pone como última causa de una acción humana.⁸ Esta tradición establece ideales para el mejoramiento de la humanidad y prescribe un duro trabajo para los seres humanos corrientes, en tanto afirma la excepción como regla. Hasta ahora los seres humanos alaban y valoran mucho lo escaso, lo poco frecuente, como es el caso del oro, de los diamantes o de la capacidad de abstracción. Por esta razón los filósofos y pensadores de todo tipo han apoyado sobre la capacidad de abstracción todo su orgullo, cuando no su poder. No obstante, ellos no fueron la regla. Pensamiento puro, percepción pura, intelecto puro, tampoco. Son potencias derivadas, que relevan lo cognitivo de su relación natural con el mundo físico.⁹

La posición armonizante de McGinn no prefiere, por tanto, ni el intelecto o lo mental ni lo volitivo o la capacidad de acción.

Aproximación al concepto de Acción

Agente activo y pasivo

¿Por qué algunos movimientos valen como acciones y otros no? ¿Cómo se diferencian una mano que saluda y una mano que se levanta debido a una contracción muscular? Parece que se diferencian por el carácter de agente activo de la mano que saluda, que se distingue claramente frente al comportamiento espasmódico (págs. 120 - 123).

El siguiente ejemplo muestra que el ámbito de investigación comprende tanto a seres humanos como a animales. En efecto, se comporta de manera activa el sapo que estira su lengua para atrapar una mosca. Lo hace de modo pasivo, cuando es arrastrado lejos por el viento. La actividad del agente no debe reducirse, pues, sólo a seres racionales, a seres humanos.

¿Qué significa entonces esta diferencia entre agente pasivo y activo?

Es la presencia de comportamientos voluntarios, los que manifiestan un apremio interno hacia afuera y desencadenan un proceso de acción voluntaria. Consecuente con su concepción equitativa McGinn rechaza la preferencia por el intelecto y amplía el ámbito de investigación. Los fenómenos de comportamientos voluntarios no se reducen sólo a seres racionales (pág. 121).

Acciones primitivas y complejas

Se distingue entre acciones primitivas complejas. Las primeras las encontramos en animales y niños pequeños; las segundas; en seres humanos adultos.

McGinn establece pues una distinción entre acciones, que se apoya en la previsibilidad del efecto de la acción. Los seres humanos adultos pueden mostrar un proceso de

⁸ Pienso en la analogía del auriga de Platón. En ella el espíritu debe lidiar con dos impulsos anímicos. Uno obedece al espíritu; el otro es rebelde y desenfrenado.

⁹ Cfr. TW II, S. 19

pensamiento largo en contraste con los niños o los animales que son incapaces de realizar acciones que exijan una cadena de razonamientos semejante.

Nadie discutirá este hecho, pero cuando uno ve a algunos animales cazando, por ejemplo, lobos, entonces, la tentación de dotar estos comportamientos de caza con rasgos voluntarios y deliberados es grande. Que se trata de algo más que de patrones instintivos, se muestra en la capacidad adaptativa frente a las sorpresas.

La diferencia reside, por tanto, en las acciones instrumentales, que subordinan una acción básica (ϕ = por ejemplo un empujón con el brazo) a otra superordinada (Φ = abrir la puerta). McGinn se limita, sin embargo, a las acciones básicas. De este modo elimina toda diferencia y simplifica el examen.

La concepción teleológica

Una primera propuesta para una definición de la acción es de carácter teleológico: las acciones son acontecimientos corporales orientados a un fin (pág. 121).

La objeción contra esta propuesta dirige su crítica a una delimitación imprecisa, pues serán admitidos muchos comportamientos corporales que no muestran ningún rasgo volitivo. Como ejemplo tenemos el movimiento peristáltico, que satisface claramente una finalidad, pero no es voluntario.

La finalidad sola no basta, entonces, para una definición, que contenga tanto la mano que se levanta para saludar como la lengua del sapo que se desenrolla para atrapar una presa. La objeción se apoya en la necesidad de una característica agregada, a saber, de lo volitivo.

El movimiento voluntario como concepto filosófico de acción

En lugar de hacer otras propuestas de definición, cosa que le parece arbitraria, McGinn se concentra en la idea de un movimiento voluntario. Esta idea reduce el ámbito de examen, pues es más estrecha que la idea de un movimiento corporal activo y finalista. El movimiento voluntario se encuentra en medio entre un concepto de acción amplio y su comprensión como movimiento racional (pág. 122 *Supra*). Una acción es, por tanto, un movimiento corporal voluntario y finalista.

De este modo, no sólo los seres humanos actúan sino también los animales, en tanto lo decisivo no es la razón, sino la voluntad.

El concepto de un movimiento voluntario mienta pues algo más primitivo que un movimiento racional y es más específico que el amplio concepto teleológico de acción.

McGinn propone adoptar esta definición como concepto filosófico de acción, como acuerdo terminológico en coincidencia con la bibliografía usual sobre el tema (pág. 122).

La asignación de voluntad

Asignamos voluntad a un ser, cuando es correcto decir de él (no sólo metafóricamente) que intenta hacer algo. (pág 122)

Esta característica del intento la niega McGinn en un gusano. Niega por tanto al gusano la conciencia. Su capacidad perceptiva rudimentaria es la expresión de las tinieblas de su conciencia. A las criaturas más sencillas no deberíamos tal vez adjudicarles la formación de una intención (y aún menos de expresión racional).

La aplicación del concepto de intento y del concepto de voluntad significa para un ser viviente la asignación de estados psicológicos, en especial, necesidades y deseos, que son más primitivos que la razón, pues están incluidos en la corporeidad orgánica, como ya se mostró. El gusano participa posiblemente de tales estados, pero le falta la conciencia que implica una acción intencionada. Sería demasiado tal vez afirmar que el gusano no quiere, pero sus impulsos son ciegos como su conciencia. Sus movimientos son el efecto de una necesidad interna, pero muy instintiva y primitiva como para asignarle un momento intencional.

Los componentes de la acción y su coordinación

Los componentes de la acción

Una acción tiene, por tanto, dos componentes, uno corresponde a la idea de voluntad y el otro al de movimiento.

Es por ello una entidad psicológica, esto es, algo con un aspecto interior y otro exterior. Del concepto de acción extraemos que hay una parte dada a priori, a saber, la parte física y que se puede encontrar una parte psíquica bajo la forma de un momento intencional.

Por tanto, si queremos comprender una acción, deberíamos entender la coordinación de sus elementos. ¿Cómo se coordinan pues en el concepto de acción? (pag. 123 - 127)

El tipo de coordinación depende de la comprensión que tengamos de los límites de la relación recíproca entre los componentes de la acción. Para algunos puede haber delimitación clara y oposición, con la eliminación de uno de los dos. A McGinn, no obstante, le interesa seguramente entender y armonizar una totalidad psicofísica.

Límite entre voluntad e intento

El intento es el signo de la voluntad. „Un ser sólo puede querer algo cuando puede intentarlo.“ (pág. 123 Supra). Esto debe significar que la voluntad crece junto a una cierta capacidad corporal, para realizar intentos de ejecución. La presencia de voluntad implica al mismo tiempo la existencia de un cuerpo adecuado, que ha sido forjado tanto por lo psíquico como por el mundo concreto en una dialéctica ininterrumpida desde adentro hacia afuera y viceversa.

Pero ¿es todo querer también un intentar?

Si cada ejecución de la voluntad significa también un intentar, entonces cada acción contiene un intento, como movimiento voluntario. Esta delimitación parece servir para expresar el concepto filosófico de voluntad a través del concepto más común de intento. Puede también servir para desmontar la mistificación de la voluntad como algo puramente mental (Ψ) sin ningún contacto con el cuerpo.

Esta cierta reducción de la voluntad al intento parece una concesión frente a la perspectiva de la tercera persona: un querer puro, sin intento alguno, para hacer lo que se quiere, no puede observarse, permanece desconocido para ojos externos. Renunciamos aquí, por tanto, a fenómenos, que como el pensamiento o el recuerdo, no suponen ningún movimiento dado a priori.¹⁰

Acciones instrumentales y no instrumentales (o fundamentales)

Se argumenta que no se hablaría del intento si no hubiera ninguna dificultad con la acción, ésta no significaría un cierto esfuerzo para el agente, si su ejecución pareciera imposible.¹¹ Pero el momento del intento al actuar no debe deparar esfuerzo alguno al agente. Para salir al encuentro de esta posible interpretación McGinn distingue acciones instrumentales y no instrumentales (o básicas). Las primeras son acciones que se producen a través de la ejecución de otras acciones, por ejemplo, levantar el brazo para dirigir el tránsito. Las segundas no surgen por causa de otras acciones, por ejemplo, levantar un brazo (pág. 123).

Aquí se trata de la relación entre lo que se dice y lo que se hace, y más importante aún, entre lo que se cree y lo que se hace. Uno puede creer que en un momento dado el cuerpo está preparado para actuar y equivocarse. O al revés, alguien sabe que su brazo está paralizado y a pesar de ello trata de levantarlo exitosamente. Ello debiera mostrar que la voluntad no puede ser paralizada. Se trata de la propia actitud ante la propia capacidad de acción y de un comportamiento lingüístico y racional ante los propios actos. Alguien disuelve un terrón de azúcar, creyendo que se trata de veneno. Se equivoca, pero uno puede afirmar de todas maneras, que se intentó un suicidio. Firme queda sólo la relación entre lo que uno cree y una acción básica, sin tomar en cuenta si uno fracasa en el intento.

Cuatro teorías para la relación entre intento y movimiento en el concepto de acción

¿Cuál es pues la relación entre intento y acción? (pág. 124)

Se discute cuatro teorías. Las cuatro entienden la acción como movimiento voluntario, pero se diferencian en el modo en que se evalúa los componentes de la acción.

¹⁰ Cfr. TW II, S. 210 Infra

¹¹ Cfr. TW II, 40 y siguientes

Se trata aquí de una discusión con Wittgenstein, se lo cita y se lo comenta.

Primera teoría: Énfasis en el movimiento

La primera teoría reduce la acción al movimiento y así como McGinn la presenta, se muestra incapaz para distinguir acciones intencionales de las no intencionales. Ésto es tal vez consecuencia de un énfasis demasiado grande en la perspectiva de la tercera persona, desde la cual el momento intencional interno permanece invisible, imperceptible.

Quien apoya una teoría tal se conforma con lo característico de la acción, en este caso el movimiento y renuncia a todos los niveles psíquicos intermedios, como el querer, y el acto de desear, que son incluso lo esencial de cada situación activa.¹²

Cuando esta teoría reconoce un momento psíquico, al parecer renuncia a la discusión sobre tales componentes y se concentra en el movimiento, en tanto deriva lo psíquico a partir de lo externo. Ella renuncia al examen de las interrelaciones entre los fenómenos internos prácticos, en el contexto de lo volitivo. O'Shaughnessy tiene una tal concepción por primitiva y por sólo un momento en el curso dialéctico de la filosofía de la acción.¹³ Se la puede entender como reacción extrema frente a la primera forma que aquélla adopta (que aquí consignamos como segunda teoría acerca de la coordinación de los componentes de la acción). Es por tanto la reacción frente una concepción que provee el momento voluntario interno con propiedades como las del pensamiento y considera su relación con la corporeidad como contingente. Se trata pues de una reacción en contra de una posición mentalista para la filosofía de la acción.

Se puede agregar que esta teoría bien podría representar el conductismo. Los experimentos de Pavlov son bien conocidos por todos. Se trata en ellos de la medida de comportamientos que involucran una respuesta corporal inmediata sin mediación interna o psíquica de ningún tipo por parte de un agente. Es la llamada Reflexología. El esquema para este fenómeno de esta psicología del comportamiento se puede poner $E \rightarrow R$ (*Estimulo* \rightarrow *Respuesta*) y deja desear claramente la presencia de un componente interno. Uno de sus más famosos representantes afirma que una psicología conductista es posible, que debemos renunciar a cualquier elemento endógeno, que debemos usar el esquema mencionado más arriba y podemos explicar todo por medio de fenómenos corporales, que debemos rechazar el dualismo cuerpo – alma y no debemos reconocer la perspectiva de la primera persona, etc.¹⁴

Esta teoría borra, por tanto, el significado de la acción, pues la presenta como fenómeno natural, es decir, como algo dado. Pero a menudo hacemos preguntas como ¿Qué hace ella? y lo llevamos todo fácilmente al terreno de una interpretación posible, más allá de lo que el ámbito de definición de la posición conductista permite.¹⁵

Esta teoría es pues claramente insuficiente para la representación justa de una acción. Su reducción extrema del ámbito de la acción conduce a malos entendidos y al abandono de gran parte del fenómeno.

¹² “Argumentaría por esta tesis, que así como la intención es importante para la acción corporal, así también el fenómeno de la voluntad está más en el centro del escenario. Y por ello es acto-deseo (act-desire). Voluntad y acto-deseo son, yo propongo, elemento esencial, la intención, sin embargo, sólo un elemento característico (a pesar de una arrolladora importancia), de la situación activa.” TW II, Einführung, pág. xxii

¹³ Cfr. TW I, pág. 61, nota al pie de página

¹⁴ Cfr. B.F. Skinner, *Humanism and Behaviorism*, 1972

¹⁵ Cfr. TW II, pág. 18

Segunda teoría: Énfasis en el intento

La segunda teoría reduce la acción al intento. Concibe la relación cuestionada como contingente y de modo análogo a como lo hace la primera teoría, enfatiza unilateralmente uno de los componentes de la acción.

El movimiento corporal se pierde y se lo conecta sólo de modo accidental con el intento.

Así como la primera teoría se puede relacionar con la psicología conductista, la segunda, con el llamado volicionismo, que en su forma extrema enfatiza tan fuertemente lo volitivo, que la conexión con el cuerpo y con el mundo concreto aparece como algo casi mágico.

En general se equivoca una teoría que asimila la unicidad de lo volitivo a las propiedades activas de lo cognitivo. Más importante aún es su error en relación con la conexión inmediata de lo mental con lo psíquico, en el interior; y con lo fisiológico y físico, en la superficie, en el exterior, en el ámbito no psicológico.¹⁶ La presumible serie causal $\Psi \rightarrow \psi \rightarrow \phi$, no contendría el componente del medio, desde el punto de vista de la segunda teoría y aún peor, conectaría lo mental (Ψ) con el cuerpo, del mismo modo como lo hace con las cosas del mundo concreto.

McGinn menciona su ejemplo del policía que regula el tránsito, quien como corresponde levanta su brazo. Según la segunda teoría, argumenta nuestro autor, el policía que dirige el tránsito y su brazo levantado se conectan sólo accidentalmente, pues el levantar la mano admitiría muchas interpretaciones, no necesariamente la de dirigir el tránsito. Hasta aquí McGinn está de acuerdo, pero dado que el mismo levantar de brazo se eliminaría de la acción, si uno afirmara que una acción tal pudiera ocurrir y al mismo tiempo no fuera describable como tal, rechaza decididamente esta segunda teoría.

Tercera teoría: La acción como intento exitoso

La tercera teoría, por su parte, identifica la acción con un intento exitoso, que comienza en el interior del agente y en el mejor de los casos llega al movimiento. La acción es, por tanto, psicofísica, mientras que el intento mismo se fisicaliza como movimiento.

Esta teoría reúne en verdad intento y movimiento, pero no está claro si el intento, aunque exitoso haya de ser intrínsecamente psicofísico. Puede ser que el intento ocurra sin movimiento, como en el caso de una parálisis.

La objeción de McGinn me parece injusta, pues un miembro corporal paralizado está por definición incapacitado para la acción, el intento puede ocurrir en efecto, pero dado que no encuentra su camino hasta el miembro del cuerpo, la acción no llega a la existencia. Para expresarlo a través de una imagen, tomemos el caso de de una ampolleta defectuosa. Encendemos de hecho la luz, pero no ocurre nada.

Si es verdad que el intento contiene un componente físico, a saber; el movimiento corporal, entonces debe darse en el miembro una cierta receptividad frente a, digamos, impulsos nerviosos, como es el caso de una ampolleta en buen estado frente a la corriente eléctrica.

Esta teoría parece defenderla O'Shaughnessy. En efecto, está conciente de una objeción como la de McGinn y dice: "...hay una tendencia natural a aceptar que como tales los intentos son *eventos en la vida interior* [la cursiva es del autor]. Finalmente nos dice el principio A que estamos en una relación epistemológica tal respecto de

¹⁶ Cfr. TW II, pág. 209 Supra

nuestros intentos, como en la que estamos frente a una subclase de eventos en el espíritu. Y así una doctrina fuertemente internalizada trabaja contra el principio B; pues dado que acciones físicas comunes no pueden ser eventos del mundo interno, esta doctrina internalizada debe implicar que ninguna acción física puede ser idéntica a algún intento.”¹⁷ Se trata pues de la extensión de un principio que identifica un intento exitoso con la acción que se produjo a través de aquel intento. “...pues, dado que las acciones básicas no se diferencian de los movimientos de miembros del cuerpo, alguna doctrina internalizada acerca del intento debe impedir la extensión del principio B hasta el ámbito de las acciones básicas; pero dado que el principio B vale para acciones instrumentales, está claro que ninguna teoría general internalizada acerca del intento puede ser verdadera. Esto allana el camino para la generalización del principio B.”¹⁸

El centro de gravedad de la objeción contra la tercera teoría reside sobre la idea de que la acción implica movimiento de manera esencial y que el intento lo hace sólo de manera accidental. Me parece que este factor de contingencia con una restricción se puede transformar en un factor de necesidad, a saber, en tanto se agrega que el cuerpo debe estar sano y apto para el movimiento. Yo creo que esta precisión estaba en verdad considerada y la objeción no está bien aplicada. Un miembro paralizado no es en rigor un miembro del cuerpo y pertenece sólo accidentalmente a la totalidad de él, es un apéndice, por lo menos desde el punto de vista de la producción de movimiento. Además el caso documentado de la atrofia muscular de un miembro paralizado ofrece la prueba, para el hecho de que está aislado e incapaz de movimiento.

“Por tanto, cada vez que ejecutamos acciones básicas intencionales, ejecutamos al mismo tiempo acciones de intento básicas y exitosas. Pero la acción de intento básica y exitosa es la acción que llevamos a cabo. Se sigue que *todas* [cursiva del Autor] las acciones intencionales básicas son idénticas a una acción de intento exitosa.”¹⁹

La tesis fundamental de esta tercera teoría, a saber, que una acción es un intento exitoso, me parece no estar en oposición con la cuarta teoría. Ésta también podría ser defendida por O’Shaughnessy. Ella agrega una relación causal entre los componentes de la acción y su antecedente.

Cuarta teoría: La acción como relación causal entre intento y movimiento

La cuarta teoría, como la tercera, conecta intento y movimiento, pero figura la acción de tal manera que el intento termina poco antes del comienzo del movimiento y sus componentes están en relación causal.

McGinn adhiere a esta última teoría y enfatiza que esperar una sencillez ontológica para la naturaleza de la acción significa un error de perspectiva, un carencia de coordinación. En efecto, a primera vista la doble naturaleza de la acción parece problemática. Cuando uno observa una acción desde la perspectiva de la tercera persona, la ve simple, y análogamente cuando se hace desde la perspectiva de la primera persona, se torna más compleja. Recién cuando queremos armonizar ambos puntos de vista, se muestra la naturaleza compuesta de la acción. Una acción es, por tanto, esencialmente el par mencionado más arriba, un híbrido ontológico.

¹⁷ TW II, pág. 101

¹⁸ Ibidem, pág. 103

¹⁹ TW II, pág. 111 Infra, pág. 112 Supra

La estructura de una acción física se ve así: por ejemplo "...el evento psicológico de una patada (Φ) se deja dividir del modo siguiente: en una última parte (ϕ) (=un movimiento de pierna), que no es psicológico, y en una parte previa (Φ'), que es ambas cosas, a saber, psicológica y no idéntica con la patada; esto es en una (no- ψ y dada a priori) ϕ y una (ψ) Φ' , tal que $\Phi \neq \Phi'$."²⁰

Esta cita reproduce la duplicidad de la acción, así como la cuarta teoría la representa. Intento y movimiento tomados juntos constituyen una unidad que se llama acción. Para obtener toda la cuarta teoría, se debe agregar una relación causal al interior del complejo de la acción y de hecho una que vaya dirigida desde adentro hacia afuera.²¹

En el último capítulo, vamos a examinar el tema de la causalidad en el concepto de acción.

La naturaleza del intento

El intento en la taxonomía del espíritu

Con la división original de lo mental ante los ojos, se pregunta en cuál de ambas partes, a saber, percepciones sensoriales o actitudes proposicionales, calza mejor el fenómeno de intento (pág. 127 - 132).

Su orientación

En relación con su orientación el intento se parece a la percepción y se diferencia de la percepción sensorial corporal. Como la primera se orienta hacia algo que va más allá de él mismo. Tiene algo como contenido representacional.

El contenido de este tipo de representación es general, de modo análogo al de la percepción. El intento de levantar el brazo izquierdo no se dirige, por tanto, a este brazo concreto, sino que el brazo satisface condiciones generales que lo hacen capaz de ejecutar el efecto causal del intento.

El primer objeto de su orientación es el cuerpo, al menos estas partes del cuerpo, que están bajo el control de la voluntad.

Su orientación no debe entenderse como percepción inmediata. Ya se mostró que los movimientos son algo futuro respecto del intento. Además, la voluntad no es una capacidad perceptiva, que se pueda orientar de este modo hacia el cuerpo. El intento está vinculado con cierto tipo de percepción, es análogo a ella, pero no es un caso particular de la misma. Este tipo especial de percepción corporal toma la forma de la propiocepción y de la cinestesia, que conecta a la voluntad con la capacidad para mover miembros del cuerpo.

El intento cae dentro de la categoría epistemológica de aquellos fenómenos psicológicos que pueden conocerse muy bien de modo inmediato. "Sin duda cae en

²⁰ TW II, pág. 208

²¹ Estoy conciente del peligro implícito en el uso de expresiones cargadas con contenido espacial, como adentro o dentro de, etc. que pueden dar la impresión que se tiene una comprensión semejante del espíritu.

En relación con esto se puede leer: "...el espíritu es más un *recipiente lógico* no espacial [cursiva del autor] de cosas mentales, a la manera como el sistema numérico es el hogar lógico de los números y el alfabeto, de las letras, como un recipiente místico casi espacial. "

TW II, pág. 143

alguna parte entre los ámbitos epistemológicos de ii) motivos y iii) tipos de dolor, en dependencia de que aquí se trata de un intento físico dado aquí y ahora o de un proceso levemente dilatado en el tiempo.”²²

Acerca del rasgo de orientación encontramos que el intento no es nada “fuera *del evento causal activo inmediato* [cursiva del autor] de un deseo de acción. Es la voluntad que mueve en una cierta dirección.”²³

Intento y percepción

El intento se diferencia claramente de la percepción por su carácter activo. Intento y percepción son parecidos, no obstante, debido al rasgo de la conciencia.²⁴ La objeción psicoanalítica de que alguien puede intentar hacer algo, sin que esté conciente de ello, no daría en el blanco, pues al agente podrían permanecerle ocultas sólo las razones para la acción, no la acción básica que se ejecuta.

Percepción e intento son además semejantes, porque éste es un fenómeno mental, primitivo y prerracional. “En efecto, parece que por lo menos para los animales terrestres tener percepciones y ejecutar acciones voluntarias van juntas y ambas son una introducción en el amanecer de la racionalidad.” (pág. 128) Ésto lo habíamos constatado ya antes.

El intento y la actitud proposicional

El intento no puede ser una actitud proposicional, pues se dice que (McGinn argumenta, por tanto, desde la gramática): „alguien intenta levantar su brazo“ y no „alguien intenta que su brazo se levante.“ El intento no es un evento mental como creer, pensar o similares. Ello significa que el intento no admite ninguna formalización proposicional (lógica).

Además el intento parece encontrarse en una tal relación con el movimiento corporal, que uno podría difícilmente decir que esta relación es del tipo de la duda o del juicio. Por el contrario, ambos son factores concomitantes que conducen a la acción. Cuando creo que la puerta está cerrada, por eso mismo no la abro, pero cuando trato de abrirla, esta acción es la expresión de una intención correspondiente. Ésta se encuentra, por su parte, en relación directa con el deseo de entrar en la casa y con la creencia en la posibilidad de hacerlo a través de la puerta.

²² TW II, pág. 82

²³ TW II, S. 115

²⁴ O’ Shaughnessy verbindet den physikalischen Handlungen mit den Wahrnehmungen anhand eines Prinzips: “Wir stehen in einer solchen epistemologischen Beziehung zu unseren physikalischen Versuchen, wie wir es allgemein zu unseren Wahrnehmungen tun.”

TW II, pág. 81 Infra

Movimiento voluntario y sensibilidad corporal

¿Son posibles los movimientos voluntarios sin tener a la vez sensaciones corporales? Dicho de otro modo: ¿Por qué deben ir juntas acción y conciencia?

Una respuesta a ésto sería que la conciencia del cuerpo posibilita la ejecución de acciones. McGinn trae a la discusión un experimento curioso, para refutar esta respuesta: un científico interrumpe las conexiones nerviosas propioceptivas de un individuo y lo dirige desde afuera y le informa acerca del curso de sus movimientos.

Uno se puede preguntar, qué tipo de sensación corporal residual permanecería tras esta interrupción. La posibilidad misma de realizar un experimento tal, la pongo en duda. Concedamos a McGinn la posibilidad de este experimento. ¿Que sensación corporal debemos adjudicarle al individuo? Éste está unido a algún tipo de aparato, ¿Le otorga esta máquina algún tipo de sensación corporal? ¿O no tiene ninguna en lo absoluto?

Como sea, el hecho que el científico dirige los movimientos del individuo, nos muestra la imposibilidad de adjudicar acción a tales movimientos corporales. Se puede mucho más creer que justo por ello, es decir, porque no hay o no son auténticas sensaciones corporales, no puede ejecutar movimientos propios y debe ser dirigido desde fuera. Me parece irrisoria la imagen del científico dirigiendo desde afuera a un individuo que toca a Satie. No puedo aceptar por tanto alguna generalización, que involucre algún tipo de movimiento corporal, proveniente de movimientos groseros como los de un robot, generados a partir de un tal experimento. McGinn debería introducir la índole de los movimientos generados de esta manera. Seguramente hablará de levantar un brazo.

Otra respuesta para el problema de la relación entre la conciencia corporal y la ejecución de acción tiene la conexión por apta o eficiente y como hecho de la experiencia biológica y psicológica. Esta conexión parece no sólo ser útil para la sobrevivencia, sino que se explica como instalación y calibración de la capacidad de acción. Ello significa que a través de la conciencia corporal la voluntad gana la capacidad para establecer fines apropiados, un final confiable para todos los esfuerzos. Sigue un nuevo ejemplo, que debe explicar las dificultades generadas por la ausencia de sensaciones corporales. De pasada McGinn muestra la imposibilidad de la telequinesis, pues le parece indistinguible de una acción no instrumental.

McGinn nos exige, por tanto, imaginar algo difícil, algo en los márgenes de nuestra capacidad imaginativa. Debemos imaginar que no tenemos ningún tipo de sensaciones internas (pág. 130). Confieso no poder realizar imaginación semejante. A pesar de ello se entiende que sin el sentimiento de nuestro cuerpo quedaría un tipo hoyo (blank) en su lugar. Sin conciencia corporal la misma capacidad de la voluntad para poner un fin no tendría más sentido. Por la misma razón, debido a esta ausencia de un fin para los esfuerzos de la voluntad, le parece a McGinn imposible el movimiento no instrumental de objetos otros que el cuerpo, esto es mesas, piedras, etc. Esta vez el problema es cuáles son las fronteras de la voluntad o si el cuerpo es la última frontera de la voluntad.²⁵

Por tanto, cuando hay dificultades para ejecutar una acción sin conciencia corporal, surge la pregunta de si un ser dotado con una voluntad como la nuestra también

²⁵ Cfr. TW I, cap. 2 y 3

tendría una conciencia corporal interna correspondiente. McGinn mismo no conoce una respuesta para esto. Yo puedo agregar sólo una observación acerca de la pregunta. Se hace dos generalizaciones, una se refiere a la naturaleza de la voluntad (la expresión *nuestra voluntad* mienta desde ya propiedades generales de la voluntad, sin tomar en cuenta gradaciones eventuales, por ejemplo, una voluntad débil, una voluntad fuerte, para no hablar de diferencias de género, etc.); la otra se relaciona con la naturaleza de la conciencia. A mí me parece que en este respecto estamos destinados a un aislamiento antropomórfico lamentable.

El intento y los otros fenómenos mentales prácticos

Las condiciones de la acción²⁶

Las condiciones mínimas para la acción son un sentimiento de necesidad y estado de información actualizada acerca de los medios de su satisfacción (pág. 131 - 132).

En el ejemplo del sapo, nos podemos imaginar que siente hambre (sentimiento de necesidad) y será capaz de estirar su lengua (estado de información actualizado acerca de los medios de satisfacción) para atrapar una mosca. En seres como nosotros las condiciones de la acción son el deseo, la creencia y la intención.²⁷

McGinn introduce el siguiente ejemplo para presentar estas condiciones de la acción en un contexto: Alguien tiene el deseo de visitar a su vecino y cree que golpear a su puerta le ayudaría en su propósito. De ello construye la intención de golpear a la puerta. Está listo para ejercitar su voluntad.

“El deseo provee la finalidad de la acción, la creencia especifica los medios para alcanzar el fin y la intención construye la decisión de hacer lo que sea necesario para llegar al fin. El deseo ofrece la fuerza impulsora, la creencia transforma esta fuerza en algo práctico, la intención prepara al agente para llevar a cabo la acción apropiada y la voluntad pone todo el plan en acción.” (pág. 131)

La serie de estas condiciones debe siempre reconstruirse, si uno quiere explicar el por qué de una cierta acción. Uno muestra cómo ella forma un patrón racional. McGinn sigue la opinión de Davidson y junta al hacerlo dos ámbitos diferentes, a saber, el del fenómeno de la acción y el de la explicación racional.

En el próximo capítulo encontraremos más acerca de esto.

Condiciones elementales

Estas condiciones son elementales en el sentido que no pueden reducirse las unas a las otras. Constituyen una suerte de base explicativa minimal, de modo análogo a

²⁶ Usando una expresión de Brian O'Shaughnessy, TW II, cap. 17 *The antecedents of action*

No utilizo el concepto de condición en el sentido de causa.

²⁷ Tanto McGinn como O'Shaughnessy siguen la terminología de Davidson. Podemos leer: “Cada vez que alguien hace algo por alguna razón [...], puede ser caracterizado de las siguientes maneras: (a) como uno que tiene algún tipo de preinstalaciones frente a cierto género de acciones y (b) en tanto cree (o sabe, percibe, se da cuenta, se acuerda), que su acción es de ese género. En (a) debe incluirse deseos, necesidades, aprensiones, impulsos y una gran variedad de opiniones morales, principios estéticos, prejuicios económicos, sociales, convenciones, fines y valores públicos y privados, en tanto se pueden interpretar como instalaciones de un agente dirigidas a acciones de algún género.”

ARC, pág. 3 *Infra*, pág. 4 *Supra*

vectores linealmente independientes (es decir, vectores no reductibles unos a otros) en R^3 , que forman una base minimal para generar el espacio tridimensional. Son elementales también en el sentido que no admiten más análisis para presentar sus relaciones recíprocas, no sólo una forma de comprensión del proceso de la acción, sino la única manera de entenderlo y diferenciarlo.

Las diferencias recíprocas

1. La intención no es lo mismo que su fundamento. (pág. 131 Infra)

Uno no tiene la intención de hacer todo aquello para lo cual tiene una razón o fundamento. Además, si fueran lo mismo tendríamos demasiadas intenciones e incluso contradictorias.

2. La intención y la creencia en su ejecución tampoco son lo mismo (pág. 132 Supra). Ésto es así, porque uno puede creer en algo por diferentes razones, que son diferentes de aquellas para la intención. Es posible que uno tenga la intención de hacer algo que uno mismo tiene por irrealizable.

3. La intención y el deseo no son lo mismo (pág. 132).

Ni siquiera su mayor deseo lleva a alguien a la intención de realizarlo (por ejemplo, alguien desea viajar a las estrellas).

“El deseo está atado por el conocimiento de lo posiblemente ejecutable, pero la intención debe contar con los hechos de la vida.” (Ibidem)

Las condiciones de la acción forman una serie: „La intención es la que canaliza deseo y creencia hacia la voluntad” (Ibidem). “Formar una intención es echar a andar la capacidad activa, sin apretar el acelerador” (Ibidem).

4. La intención y el querer no son lo mismo.

El querer es un componente de la acción, pero la intención es un momento preparatorio, condición de la acción. Aquí es claro el desplazamiento de significado desde el intento hacia el querer.

Uno puede, por tanto, tener la intención de hacer algo, que no ejecutará. El ejemplo: Alguien quiere hacer una pregunta, pero pierde finalmente el valor y no la hace. La intención permanece, no obstante, un rato más,²⁸ y puede en un momento posterior encontrar ocasión para expresarse.

El concepto de activación no implica, por tanto, reducción alguna de la voluntad a la intención. Podemos decir que querer algo es la activación de la intención. Hablamos en este caso metafóricamente y queremos tan sólo decir que el agente intenta lo que tiene intenciones de hacer.

Este tipo de activación, nos dice McGinn, no es la misma que aquella de un explosivo,²⁹ que se encuentra en un ambiente correspondiente. Es decir, que no actuamos al modo de una bomba. No requerimos necesariamente que se satisfagan determinadas condiciones a nuestro alrededor, que activen un cierto mecanismo. Tenemos en nosotros mismos la fuerza impulsora para desencadenar una acción.

El paso desde la razón (deseo y creencia) hacia la intención y de ésta hasta el intento es un tránsito hacia auténticos eventos mentales, que se acercan constantemente al movimiento corporal.

²⁸ Cfr. TW II, pág. 310 Supra

²⁹ Los explosivos se definen como uniones o mezclas químicas, que se dividen muy rápido en grandes cantidades de Gases y vapores, a través de golpe, presión, roce o calentamiento repentino.

Nuestro autor nos ofrece, por tanto, como resultado intermedio la idea de que se trata de acontecimientos mentales, que se afectan mutuamente y representan un proceso desde adentro hacia afuera.

Sin embargo, no me resulta claro cómo gana McGinn la naturaleza de evento de las condiciones de la acción desde su elementalidad e irreductibilidad recíproca. Me parece mucho más un asunto de discusión.³⁰ Su decisión de aceptar la cuarta teoría, parece obligarlo a aprobar la naturaleza de evento de las condiciones de la acción. La causalidad mental puede verse en peligro, cuando no se cuenta con verdaderas causas y efectos.

Causalidad y explicación de la acción

Seguimos a McGinn y dividimos el tema por medio de tres preguntas. Ellas deben orientar la discusión tanto en la relación entre las condiciones de la acción y la acción como también entre las razones en la explicación de ésta y en su concepto, y la acción.

(1) ¿Están las razones (deseo + creencia), la intención y los componentes de la acción en una relación causal?

(2.1) Si las condiciones de la acción y sus componentes están unos con otros en una relación causal, ¿Debe contener el concepto de acción la existencia de una relación causal?

(2.2) La misma pregunta con otras palabras: ¿Hay acción sin causalidad?

(3) ¿Se trata de una explicación causal, cuando uno se refiere a todos estos elementos (condiciones + componentes) para explicar una acción?

Causalidad de la acción y explicación racional

Una respuesta afirmativa a (1) no permite ninguna conclusión afirmativa relativa a las otras dos preguntas. Ellas se encuentran unas con otras en una relación de independencia lógica. Se trata en verdad de dos ámbitos ontológicos diferentes, a saber, el de los eventos mentales³¹ y el de los conceptos o de lo lingüístico.

Para McGinn las preguntas (2) y (3) son filosóficamente más interesantes, pues se refieren al concepto de acción y a la explicación racional.

En relación con (2) él estira nuevamente su imaginación y permite la posible existencia de seres imaginables, cuyas acciones no muestren ninguna relación causal como ocurre con nosotros y a pesar de ello valgan como seres actuantes.

En relación con (3), puede también ser que la fuerza explicativa de una asignación causal no provenga de la conexión causal de los sucesos mentales. Puede ser que una explicación racional sea causal y a pesar de ello, la aplicabilidad del concepto de acción no exija ninguna condición causal. Puede ser que el concepto sea causal, pero la explicación no se apoye en esta condición.

McGinn parece pensar que se trata de nuevo de dos cosas diferentes. Una tiene que ver con el contenido del concepto de acción; la otra con la estructura de la explicación racional.

³⁰ Cfr. ARC

³¹ Hay incluso algunos que ni siquiera aceptarían el estatus de evento para los sucesos mentales. Sin este estatus parece estar en peligro la causalidad de la acción. En este caso, no podrían ser verdaderas causas o efectos.

Él nos previene acerca de la confusión conceptual, pero no afirma que (2) y (3) tengan diferentes respuestas (pág. 133)

Asimismo, cuando podemos explicar una acción en relación con estados mentales, entonces la explicación es causal. Hay casos, no obstante, de acciones que no son explicables de este modo, es decir, hay acciones que son difíciles de racionalizar, para las cuales uno difícilmente puede reconstruir la serie de razones.

Se puede afirmar que el concepto de acción exige una relación causal entre condiciones mentales, pero también que la fuerza explicativa de adjudicación mental es una cosa de la justificación lógica para relaciones entre estados mentales y acciones. Me parece que aquí se trata de una separación clara de los ámbitos lógico y ontológico. Las razones de una acción pueden aparecer en una conexión causal en una proposición descriptiva y a pesar de ello la fuerza explicativa racional puede no estar relacionada con esta conexión, señalada por la descripción de la acción.

Causalidad y acción

Análisis de la necesidad

La formulación (2.2) pregunta por la necesidad de la relación causal para la acción.³²

¿Cómo se verifica la relación entre las condiciones de la acción y sus componentes?

¿Son las condiciones de la acción causas del intento? ¿Es el intento la causa del movimiento corporal? ¿Debe el movimiento ser causado de este modo por el intento, para ser una parte de la acción? (pág. 134)

McGinn se concentra en la última de esas preguntas. Parece que para él la estructura doble del concepto de acción permanece imperturbada por la relación entre las condiciones de la acción y el intento, como si se pudiera contemplar la estructura de la acción, independientemente de sus condiciones internas.

Una analogía con la percepción debe arrojar un poco de luz a la relación entre intento y movimiento corporal.

Supongamos pues que un científico, a través de algún tipo de estimulación, genera en un agente la percepción confiable de un objeto. Este es un caso extremo de percepción, que para McGinn no corresponde a una auténtica percepción (pág. 134). Ni siquiera la confiabilidad de lo percibido la constituye.

Análogamente, el científico estimula el cerebro de un agente, interrumpe cada conexión causal entre intento y movimiento y produce él mismo movimientos en el agente.

Supongamos, además, que el movimiento corresponde al contenido del intento. Por ejemplo, levantar el brazo corresponde al intento de levantar el brazo. ¿Se le asignará por ello el movimiento del brazo al agente, sea el caso que sabe de su situación? Al parecer no.

Los hechos acerca de objetos del mundo físico explican nuestra percepción de modo causal, pero es lógicamente posible, percibir algo que no genera la percepción de manera causal. Un ejemplo de ello lo ofrecen las alucinaciones³³, que presentan una

³² „Cada nexu causal es un nexu necesario entre causa y efecto, pero no todo nexu necesario, es un nexu causal.“ Philosophisches Wörterbuch, Klaus, G. und Buhr, M. (Editores), VEB Bibliographisches Institut Leipzig, 1976

³³ El marcado científicismo de esta filosofía del espíritu y su alianza con la neurofisiología obliga una visión de mundo que elimina cualquier otro programa cognoscitivo, como el implícito en los libros de Carlos Castaneda, por ejemplo, que otorga a la alucinación un estatus independiente, inaugurador de mundos más allá de todo

determinada percepción sin un estímulo externo, mientras la relación entre lo interno y lo externo no se encuentra presente y de todos modos ocurre una representación perceptual. McGinn se apoya en el ejemplo del científico para suscitar un resultado semejante.

Este autor exige de nosotros además una suposición curiosa. Nos insta a trasladar a nosotros mismos la situación del agente recién mencionado y a imaginarla como propia de nosotros (más o menos como con los presos de la alegoría de la caverna de Platón). Hemos vivido, por tanto, siempre así y lo que hemos tenido por nuestras acciones, no ha sido otra cosa que las manipulaciones artificiales del científico, generadoras de comportamientos. ¿Debemos por ello renunciar a nuestra vieja autonomía y comportarnos como seres humanos paralizados? Si no, parece que intento y movimiento no están en una conexión causal (pág. 135).

McGinn parece listo a asignar la acción a este agente artificial, mientras el movimiento corresponda al contenido del intento. A mí me parece raro, sin embargo, cómo interpretará el científico los deseos internos y el intento mismo, desde la perspectiva de la tercera persona. Esta aceptación es una parte pasajera del desarrollo dialéctico de la discusión. En efecto, en una situación de acción semejante falta el elemento de responsabilidad y el de propiedad del agente. (pág. 135). Uno puede decir haber hecho algo que estaba fuera de su control.

El movimiento de la acción debe satisfacer una cierta intención del agente y depender de su fuerza activa. En el ejemplo anterior se satisface lo primero, pero no lo segundo.

McGinn pone en duda, por tanto, la eliminación de una relación causal. Parece pensar que lo que quedaría no sería una acción auténtica.

Si la causalidad vive al interior del concepto de acción, la razón para ello es otra que aquella para una teoría causal de la percepción. En la percepción falta el elemento de la responsabilidad y la analogía está, por tanto, incompleta. (pág. 135 Infra). Además el papel de la causalidad en la percepción no parece el mismo que en el caso de la acción (pág. 136 Supra). Uno puede, en efecto, poner en duda la fuerza aseverativa de una tal analogía, pues la estructura de la acción tiene poco que ver con aquella de la percepción. La fisicalidad del movimiento pertenece esencialmente a la estructura de la acción y además parece importante, cómo el agente siente su ejecución. Uno podría haber estado engañado toda su vida respecto de ella, es decir, haber sido manipulado; uno no carga por eso, no obstante, con ninguna responsabilidad, ni siquiera cuando las acciones manipuladas coinciden del mejor modo con nuestras intenciones.

Análisis de la suficiencia

Para el análisis de la suficiencia se puede preguntar, si la relación causal entre intento y movimiento es una razón suficiente para la pertenencia del movimiento a la acción y para su realización (pág. 136).

Un análisis análogo se hizo en el capítulo 4 acerca de la relación causal no estándar³⁴ en torno a la percepción. Al parecer un análisis causal completo del concepto de acción

antropomorfismo.

³⁴ “Supongamos que uno tiene la experiencia de un ojo con tal y tal carácter, causada por una disfunción ocular propia: el hecho, por tanto, que la experiencia sea causada por algo en coincidencia con ella, a saber, la experiencia de un ojo como causada por un ojo, no garantiza que uno ve el propio ojo [cursiva del autor]. Lo que tenemos en este caso es una suerte de coincidencia accidental entre contenido y objeto mediado por una cadena causal. Probablemente es imposible de manera no circular especificar qué tipo de cadenas causales constituyen una percepción auténtica.” (pág. 53)

es imposible, así como era el caso en el capítulo 4 respecto de la percepción, sin echar mano al concepto de acción.

¿Alcanza este problema en verdad al análisis del concepto de acción?

Si es así, deberíamos estar ante un caso de intento, que produce movimiento, en tanto el movimiento corresponde al contenido del intento y a pesar de ello no estemos en situación de adjudicar la acción.

Supongamos, por ejemplo, un agente que tiene un brazo paralizado y no lo sabe. Supongamos, además, que el científico ha unido los nervios del brazo del agente con un cadáver ubicado muy lejos, de tal modo que cada vez que el agente trata de mover su brazo, una señal se desplaza hasta el cadáver y causa una levantada de brazo.

La unión causal entre intento y movimiento parece no bastar en este caso para una asignación de acción. Para un análisis completo del concepto de acción se debe agregar algo que no es necesariamente de naturaleza causal. Este debería ser el caso de cualquier restricción, con la cual uno genere un auténtico concepto de acción. Así, por ejemplo, podemos exigir que el movimiento ocurra en el propio cuerpo del agente.

La conexión causal entre intento y movimiento puede ser necesaria para el análisis del concepto de acción, pero claramente no es suficiente (pág. 137 Supra).

Fundamentos de la acción y explicación causal

La relación entre los fundamentos de la acción y la explicación causal contiene la pregunta: ¿Si uno presenta las razones de la acción, da por ello una explicación causal?

Las razones de la acción se refieren a la pregunta, por qué un agente quiere un cierto movimiento.

La secuencia que va desde las condiciones de la acción hasta el intento puede formar una serie lógica. Tomemos, por ejemplo, las razones que explican por qué alguien cree una cierta proposición. Ellas pueden mantener un nexo deductivo unas con otras. En este caso la explicación de la acción no es necesariamente causal.

La diferencia entre las proposiciones creídas y la creencia en ellas reside en el hecho que las primeras, como se mostró antes, no están unidas necesariamente de modo causal; pero la segunda podría causar estados o eventos mentales (intranquilidad, resolución, etc.). Constatamos pues que a pesar de que los fundamentos racionales de la acción no pueden identificarse sin más con causas mentales, los fundamentos racionales pueden causar acciones posteriores.³⁵

Al revés, cuando aceptamos un nexo causal entre estos estados o eventos mentales, no hacemos necesariamente lo mismo en relación con la explicación racional. Se trata al parecer, como ya se dijo, de dos cosas diferentes. Una corresponde al ámbito racional o explicativo; la otra, al del flujo real de los eventos mentales. El uso de la palabra *porque* puede aparecer, en efecto, tanto en explicaciones causales como en no causales. Ejemplos de explicaciones no causales son todo tipo de nexos y argumentaciones lógicas y matemáticas. McGinn termina su trabajo con las siguientes palabras: la explicación racional es una suerte de explicación causal en el sentido de que contiene un componente causal.³⁶ Pero no es una suerte de explicación causal en el sentido de que ningún factor explicativo está presente en la explicación causal, que a

³⁵McGinn se aleja en este punto de la opinión de Davidson. Éste defiende la tesis de que la relación entre la razón (para hacer algo) y la acción es una relación causal. Parece que para este autor la explicación racional es una explicación causal. Las razones primeras de la acción son las causas de la misma. Cfr. ARC, pág. 4

su vez esté ausente en la explicación causal ordinaria. La primera proposición la acepta; la segunda la tiene por dudosa. ¿Qué acepta él, por tanto? ¿Qué significa este componente causal? Es la operatividad, la que conecta las razones de la acción con sus componentes. “Pues no basta con citar las razones del agente como razones de la acción y atender a su capacidad para la justificación de su acción, debemos pues especificar, que razones operativas había allí –y ésto sólo parece posible, cuando hacemos valer una conexión causal.” (pág. 138 *Infra*) Este es el caso cuando el agente tiene a su disposición dos series de razones para explicar una determinada acción y sólo una de las series corresponde a las intenciones del agente. En este caso, nos dice McGinn, la sola fuerza justificativa de las razones no basta. Todo dependería de un factor de operatividad.

Rechaza, por otra parte, que la explicación racional reciba su fuerza explicativa causal de la explicación causal ordinaria. Aboga al parecer por una fuerza explicativa especial de la explicación racional, a saber aquella de la lógica y aquella de la causalidad. Ambas están arraigadas en nuestro espíritu y constituyen nuestro entendimiento y nuestra idiosincrasia.

Nota final

Hemos recorrido todo el capítulo. Me deja la impresión de un pensamiento que se interesa mucho más en mantener una discusión que en imponer una tesis propia.

A pesar de ello me parece que su tesis de la unicidad de la voluntad y su posición armonizadora entre el énfasis de lo racional o de lo volitivo, está en consonancia con su concepción de la causalidad mental. Los sucesos mentales no pueden reducirse a la racionalidad. Se pueden racionalizar, pero ello está muy lejos de ser una interpretación completa.

He constatado también la gran coincidencia con las ideas de O’Shaughnessy, sobre todo en el ámbito de la estructura de la acción y en el de sus condiciones. Al respecto es importante el reconocimiento del carácter de evento para todos estos momentos psíquicos y la integración de modo esencial al concepto de acción de la intención y el movimiento.

La estructura doble del concepto de acción, este “híbrido ontológico”, nos ha puesto ante un enigma difícil. ¿Qué legalidad rige su existencia? La causalidad que se adjudica al proceso mental nos habla de su parentesco con los fenómenos del mundo. Y tras la aceptación de la psicofisicalidad de la acción permanece como único acceso la armonización de las perspectivas de la primera y tercera personas. Una cosa será lo que otros ven, de aquello que hago. Otra, lo que conciente e inmediatamente experimento en mí mismo. Estoy en la calle, voy en bicicleta y levanto un brazo. Alguno pregunta ¿Por qué hace tal cosa? Yo deseo doblar en la siguiente esquina, ¿No es esto suficientemente claro? En una situación normal, esto es, cuando ningún loco va sentado pedaleando en la bicicleta, yo creo que sí. La intención de doblar en la esquina no causa tal vez necesariamente una levantada de brazo, sino la tendencia a su realización “Así no es sólo que ambos, deseo y creencia, causen la acción: se trata de

³⁶ “La mayoría, en efecto, todas las acciones probablemente, contienen causalidad. Porque tal vez todas las acciones son la realización de un cierto ϕ ; y cuando es cierto de un agente que ha hecho una acción generadora de ϕ , entonces se contiene automáticamente una afirmación causal.” TW II, pág. 52 *Supra*

que trabajan en unión causal, porque ellas en el momento de la acción transforman el propio juicio en realización de acción. Ello significa que están allí y permanecen causando la ejecución práctica que se intenciona.”³⁷

Si el suceso mental efectivamente ocurre de esta manera, nadie puede, creo yo, establecerlo de manera definitiva. Estos exámenes analíticos tienen el mérito de arrojar la luz de la conciencia al mundo inmediato e invisible de nuestro espíritu. La discusión con McGinn significó para mí una pérdida de espontaneidad. Ella fue también el ejercicio en el arte de la aclaración conceptual. La diversidad fenoménica de mi espíritu ahora es como un firmamento, cuyas estrellas fueron bautizadas y su parentesco y relaciones recíprocas fueron de nuevo establecidas.

Basilea, 15 de diciembre de 1998
Revisado en diciembre de 2010

³⁷ TW II, pág. 320

Bibliografía

- Davidson, Donald** *Essays on Actions and Events, Oxford, 1980*
- McGinn, Colin** *The Character of Mind -An Introduction to the Philosophy of Mind, Oxford, 1982, 1998 (1996)*
- McGinn, Colin** *The Problem of Consciousness, Oxford, 1993*
- O'Shaughnessy, Brian** *The Will, Band I und II, Cambridge, 1980*